



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

La dimensión constitutiva del Duelo

Alumna: Nardone, Giana

Legajo: N-5038/5

Docente supervisor: Faccendini, Jorge

- Año 2018 -

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional de Rosario y a quienes me acompañaron y guiaron en mi recorrido. A-María, mi paradigma de duelo.

ÍNDICE

I. A modo de introducción.....	3
II. Hacia una conceptualización.....	5
III. Desde una lectura psicoanalítica.....	6
IV. La verleugnung en los tiempos del duelo.....	13
V. En relación al duelo; el retorno de Lacan a Freud.....	13
VI. La función subjetivante de los duelos.....	20
VII. La importancia de la ritualización de la pérdida.....	23
VIII. Lo habilitador del duelo en análisis.....	24

I. A MODO DE INTRODUCCIÓN

Un Trabajo Integrador Final constituye la instancia de evaluación concluyente de la Carrera en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario y es el requisito último para la obtención del título. Es por eso que me encuentro escribiendo estas líneas.

Mi trabajo consiste en un escrito y su presentación. Estas instancias tienen como objetivo la puesta en práctica de aptitudes que caracterizan a nuestro ejercicio profesional, al articular teoría y práctica como modo de integración de lo aprendido durante el cursado.

A partir de esto es que me zambullo en la temática del Duelo. Como escuchamos innumerables veces en nuestro andar por la facultad *nada hay de aleatorio en lo inconciente*, entiendo entonces que son diversas las causas que me llevan a estar implicada en el tema.

Para abordar la labor, decido ir de lo general a lo más particular. Refiero, en un primer momento, a la etimología del término “duelo” con el objetivo de conocer su procedencia y significado. Una vez aclarado esto, hago mención acerca de qué entiende la psiquiatría por Duelo. No es mi intención ir por ese camino, pero me resulta fructífero traer a colación su punto de vista en la medida que me permite contraponerlo con la mirada psicoanalítica del mismo, mirada desde la cual elijo leer.

Así es como me centro en las obras de Freud, Lacan y el retorno de Allouch a éstos.

En lo que respecta a Freud, él escribe sobre el Duelo entre los años 1915 y 1917. Tomo como eje del trabajo su célebre escrito *Duelo y melancolía*, texto en el que lo define como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.”. (Freud, 1917, pág. 241).

En esta obra distingue al Duelo de la melancolía, y caracteriza a ambos. Uno de sus aportes más importantes es la noción de *Trabajo de duelo*, trabajo que permite inscribir la pérdida, trabajo de elaboración que posibilitaría la sustitución del objeto perdido por otro.

Siguiendo la obra freudiana, en virtud del camino que decido recorrer, observo que en la misma época redacta otros dos textos. Ambos datan en 1915, y en ellos deja entrever otra faceta del duelo: ya no como un trabajo más o menos pautado y predecible sino ligado a algo del orden del trauma. El hecho de contextualizarlos nos permite notar que la guerra parece haberlo forzado a un cambio de actitud ante la muerte.

Algunos años más adelante, teniendo la segunda tópica ya elaborada, re trabaja el papel de la identificación, que en primera instancia había reducido a la melancolía. Ahora, remarca la significatividad de dicho proceso y cuán frecuente es. De este modo, nos invita a pensar al duelo como constitutivo del yo, en la medida en que se pone en juego la introyección de un rasgo del objeto como marca de la ausencia del mismo.

Luego de exponer la tesis freudiana del Duelo, me resulta pertinente hacer mención a la crítica de Jean Allouch, autor que me enriqueció y cuyo trabajo profundicé tras desplegar la versión lacaniana del duelo.

Adentrándome ya en la obra de Lacan, tomo lo elaborado por él fundamentalmente en el Seminario VI *El deseo y su interpretación*, donde toma como eje la obra de Shakespeare *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, que le sirve para elaborar su tesis. Hace referencia a la *Función del duelo*, función que consistiría en instituir al sujeto como deseante. Tanto en este Seminario como en el X: *La Angustia*, va a valerse de sus tres registros para desplegar su lectura en el asunto.

Para transitar dicho recorrido, por momentos engorroso, me respaldé en autoras como Pura Cancina y Diana Rabinovich cuyos textos me brindaron nuevas herramientas. También fui acompañada por escritos de docentes de distintas asignaturas de la facultad. Y para los últimos apartados, que buscan hacer referencia a la función subjetivante del duelo y a la importancia de la ritualización de la pérdida, tomé planteamientos principalmente de trabajos de Elmiger, psicóloga y docente de la Universidad de Tucumán, y Bauab de Dreizen, psicóloga miembro de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

En lo que respecta al último punto elaborado, “Lo habilitador del duelo en análisis”, es tan solo una apuesta de cómo entiendo, a partir de mi formación, será la práctica psicoanalítica.

Gracias por sumergirse conmigo y acompañarme en mi duelo, tramitado simbólicamente en este ensayo.

II. HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN

Al revisar la etimología del término "duelo", encontramos que se origina en dos raíces latinas, "dolus" y "duellum". La primera hace referencia al dolor o luto, vertiente más psicológica, mientras que la segunda remite a la idea de desafío que entraña el hecho de "retar a duelo", "al combate entre dos".

Desde una perspectiva psiquiátrica, según el Manual Diagnóstico de los Trastornos Mentales DSM-IV-TR, el duelo es definido como la reacción ante la muerte de una persona querida. Para éste se emplea el código V62.82, no atribuible a trastorno mental. Hace referencia a que el mismo debe ser considerado como una entidad susceptible de recibir atención clínica, aclarando que podría ocasionar síntomas similares a la depresión mayor, al estrés postraumático, tristeza, insomnio y anorexia, siendo la evolución crónica e implicando grandes dosis de padecimiento y considerables gastos sanitarios.

Dicho manual, señala la presencia de ciertos síntomas que no son característicos de una reacción de duelo "normal" y que pueden ser útiles en la diferenciación con el trastorno depresivo mayor. Algunos de ellos podrían ser: la culpa, pensamientos de muerte, sentimiento de inutilidad, enlentecimiento psicomotor acusado, deterioro funcional prolongado, experiencias alucinatorias, entre otros.

Tomando como referencia la quinta versión del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales de la Asociación Americana de Psiquiatría (DSM-V), el duelo se encuentra clasificado dentro de la categoría de "Otros Trastornos Especificados Relacionados con Trauma y Estresores", donde los síntomas provocan una perturbación clínicamente significativa o disfunción en las áreas ocupacionales, sociales u otras áreas importantes de funcionamiento.

Con la llegada del DSM-V, se espera que la categoría diagnóstica sobre duelo se modifique, pudiéndose establecer diferencias entre el proceso de duelo normal y el complicado.

En relación al duelo complicado (DC), este manual plantea la posibilidad de crear una categoría diagnóstica propia denominada Trastorno por Duelo Complejo Persistente que se definiría a partir de la presencia de determinados síntomas que se presentan casi diariamente o en grado intenso, tales como: anhelos perturbadores y fuertes por lo que se ha perdido, dolor intenso por la separación, preocupación por el difunto y por las circunstancias del

fallecimiento, dolor o distrés por la separación, dificultades para aceptar la muerte, aturdimiento, evaluaciones desadaptativas, tristeza o ira, interrupción de la identidad social, deseo de morir, sentirse solo, dificultad o reticencia para marcarse metas futuras, deterioro en las áreas social u ocupacional, reacciones desproporcionadas o no acordes con las normas culturales, religiosas o adecuadas a la edad, etc.

III. DESDE UNA LECTURA PSICOANALÍTICA

Si bien Freud en *Duelo y Melancolía* (trabajo escrito en 1915, pero publicado dos años después) no se proponía estudiar el duelo, sino servirse de él como paradigma, como modelo normal para emprender el estudio de la melancolía en tanto entidad patológica, es allí donde lo define como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.”. (Freud, 1917, pág. 241). No habla de muerte.

Destaca que, a pesar de que el duelo trae aparejado graves desviaciones respecto de la conducta normal, no se trataría de un estado patológico, si no que por el contrario, sería un proceso normal de la vida, algo habitual que es preciso permitir que se exprese. Aclara que pasado cierto tiempo se lo superará y juzga inoportuno e incluso dañino perturbarlo. Dirá que el duelo lleva un tiempo necesario y que no hay que estorbarlo, sino acompañarlo (Freud, 1917).

El sujeto en duelo presenta una serie de síntomas tales como: una desazón profundamente dolida, cancelación del interés por el mundo exterior, pérdida de la capacidad de amar e inhibición de toda productividad ligada a cierto angostamiento del yo. Mismas características se hacen presentes en la melancolía. Podríamos decir que lo que singulariza a ésta última es la perturbación del sentimiento de sí que se exteriorizará en autoreproches y autodenigraciones pudiendo desencadenar en una delirante expectativa de castigo (Freud, 1917).

Así, podemos ver cómo mientras que en el duelo es el mundo el que se ha vuelto pobre y vacío, en la melancolía eso le ocurre al yo mismo. El melancólico “describe a su yo como indigno, estéril y moralmente despreciable; se hace reproches, se denigra y espera repulsión y castigo” (Freud, 1917, pág. 244). Muchas veces, a este cuadro de delirio de insignificancia predominantemente moral se le agregan el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento de la pulsión que compele a aferrarse a la vida (Freud, 1917).

Uno de los grandes aportes freudianos al tema es la idea de *Trabajo de duelo*. Tradicionalmente se creía que el duelo sufría una progresiva atenuación y que ella iba de suyo, por lo que la introducción del concepto de “trabajo” representa un aporte renovador ya que alude al proceso de elaboración psíquica implícito en dicho proceso.

Decir que se trata de un “trabajo” supone que requiere al sujeto como actor, un sujeto que se implique. Hablar de “trabajo” permite pensarlo como una elaboración intrapsíquica que pese a ser dolorosa, es indispensable para el posterior bienestar del psiquismo humano.

Vemos así que para Freud, el duelo no sería la pérdida, sino este trabajo que permite inscribir la pérdida, un trabajo de elaboración que no consistiría en un desenlace pasivo.

Ahora bien, ¿en qué consiste el trabajo de duelo? En *Duelo y melancolía*, Freud (1917) plantea:

El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no está más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda la libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consuma el desasimiento de la libido (pág. 242).

Para Freud el duelo tiene un carácter puntual, se desencadena por la pérdida de un objeto y lo entiende como el trabajo de recomposición subsiguiente. Una vez cumplido el trabajo, el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido. Dirá entonces, que es la posibilidad de sustituir.

Podríamos decir que en el duelo, lo que primero se pone en juego es la negación, cierta renuencia al examen de realidad, en la medida que cuesta aceptar que el objeto no está más. En segunda instancia, se pone en juego una sobreinvertidura de la libido en las cosas ligadas al objeto perdido (hablar de la persona, evocar recuerdos, ver fotos) que justifica la

pérdida del interés por el mundo exterior. Por último, hay un deshacimiento pieza por pieza, el cual lleva un gasto de energía y tiempo que permitirá volver a invertir otros objetos.

El duelo se va haciendo conciente y pasado cierto tiempo desaparece sin dejar tras sí grandes secuelas registrables. Se necesita tiempo para ejecutar detalle por detalle la orden que dimana del examen de realidad, y cumplido ese trabajo, el yo ha liberado su libido del objeto perdido.

El yo debe decidir entre seguir los pasos del muerto o bien, tener en cuenta las satisfacciones narcisísticas que le quedan por vivir y optar por la vida, rompiendo así su unión con el objeto desaparecido. Siguiendo esta última elección, le sería posible buscar un objeto que sea capaz de sustituir al ahora ausente en tanto objeto de sus investimentos libidinales.

Me parece pertinente empezar a hacer algunos lineamientos en relación a lo que es la crítica de Jean Allouch a esta obra freudiana. El psicoanalista francés, en *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (1995), atravesado por el fallecimiento de un familiar directo, tal como él lo sitúa, critica la noción freudiana de *Trabajo de duelo* en la medida en que éste estaría destinado a propiciar la sustitución del objeto perdido. Denomina a ésta como una “operación blanca”, como un trabajo que se trata de perder el objeto para sustituirlo, operación que no deja ninguna marca, ningún resto. Agregando que habría un abismo entre el trabajo del duelo y la subjetivación de la pérdida.

Cuestiona que, en *Duelo y melancolía* (1917), Freud propaga una versión médica y romántica del duelo, donde desatiende cualquier erótica del mismo. Según Freud, el duelo apuntaría a un trabajo individual más que social, cuyo objetivo sería anular la pérdida como tal a partir de sustituir al objeto. Es severo en relación a esta idea del “objeto sustituto” que, en teoría, le proporcionaría a quien está de duelo, los mismos goces que los obtenidos por el objeto perdido. Allouch cuestiona la supuesta restitución del objeto mediante la investidura de un nuevo objeto. “¿Acaso se reemplaza a una persona amada? ¿Qué concepción se tiene del amor para que pueda considerarse posible semejante reemplazo?” (Allouch, 1995, pág. 68). Planteado así, se trataría de un objeto despojado de toda función de suscitación del deseo, en la medida en que en tanto suscita el deseo, no podría llamarse sustituible en esencia.

En última instancia, polemiza en relación al lugar que Freud atribuye al “examen de realidad” diciendo que no habría prueba de realidad para quien está de duelo, que la misma no puede considerarse como un testimonio para el enlutado. Sostiene que, la realidad sería más bien esa zona de la experiencia subjetiva donde justamente no es posible probar la muerte de aquel que se ha perdido, que hay una imposibilidad de hacer aserciones sobre la inexistencia del otro. Propone hablar más que de examen de realidad, de *subjetivación de la perdida*, de un “darse cuenta” de esa ya no-existencia. Así, el duelo abre la puerta a una pregunta que no es de realidad, sino de verdad. Lejos de que el duelo pueda basarse en la realidad, antes bien revela el desfallecimiento de esta última, al concederle al muerto el estatuto no de inexistente sino el de desaparecido (Allouch, 1995).

Es en la medida en que entendemos al duelo como un proceso dinámico y cambiante que podemos plantear que este trabajo demandará un tiempo que será a su vez cronológico, subjetivo y lógico. Lo pensamos como una tarea a la vez sociocultural, del sujeto y su entorno, y como un evento variable de persona a persona, entre familias, culturas y sociedades a través del tiempo.

Me resulta oportuno traer a colación aquello que plantea Garo en *Navegar es preciso. Una travesía por la clínica freudiana a través del duelo* (2014):

La identificación en el duelo es producto de un trabajo, del proceso que va de la experiencia de “desaparición” del objeto amado hasta la aceptación de la pérdida y la adquisición de algún rasgo o rasgos que como trazo simbólico se constituye en marca que conmemora en el sujeto al objeto en tanto insustituible e irremediamente perdido (pág. 70).

Strachey en la nota introductoria de *Duelo y melancolía* remarca que, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) Freud retoma el tema de la identificación diciendo que ésta precede a la investidura de objeto y se distingue de ella, y continúa haciendo referencia a cierta relación de ésta con la primera fase, la fase oral. Algunos años después, en *El yo y el ello* (1923) enfatiza aquel proceso según el cual una investidura es reemplazada en la melancolía por una identificación, pero proponiendo que este mecanismo no concierne solo a la melancolía, sino que es general, resultante del sepultamiento del complejo de Edipo. Así, podría pensarse que la identificación con el objeto, como mecanismo específico de la melancolía, es elevada a la categoría de mecanismo estructural de la subjetividad. Agrega

además, que estas identificaciones regresivas serán la base del carácter de una persona al formar el núcleo del superyó.

A partir de esto, le es preciso indagar qué sería lo que hace a la melancolía como estado clínico. Freud asigna a la identificación un lugar clave en la melancolía, que viene a operar en relación a cierta disposición enfermiza. Es necesario entonces, ligarlo tanto al problema de ambivalencia en la elección de objeto, como al tipo narcisista de elección de objeto que muestra la dificultad de diferenciar el objeto del sujeto. En otras palabras, es necesario relacionarla con aspectos estructurales de constitución subjetiva (Garo, 2014).

Vemos así, que Freud reelabora en *El yo y el ello* (1923) lo que sucede en la identificación en la melancolía. Anteriormente había planteado que el sufrimiento doloroso de la melancolía radicaba en el supuesto de que el objeto perdido se erigía en el yo, y que por ende la investidura de objeto era relevada por una identificación. Empero, ahora dirá que en aquel entonces desconocía la significatividad de dicho proceso y cuan frecuente es, planteando que quizás esta identificación sea la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos, y que el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas.

Volviendo a la crítica de Allouch, podemos notar que, en su retorno a Freud, omite la versión de duelo que elabora en 1923 en *El yo y el ello*, donde a la altura del capítulo tres vincula la problemática del luto con la de la identificación; identificación secundaria, al rasgo, no dirigida a conservar el objeto, sino una identificación que supone como condición la pérdida del objeto. Así, es posible ver que entre ambas versiones hay un pasaje bisagra en lo que respecta a la identificación. Mientras que en 1917 hace referencia a una identificación narcisista que sustituye la investidura de objeto, planteando así a la identificación como una defensa frente a la pérdida, en 1923 resalta que la condición de la identificación es la pérdida del objeto, y no a la inversa (Giani, 2006).

Desde esta perspectiva, es que Freud nos invita a pensar al duelo como constitutivo del yo, en la medida en que se pone en juego la introyección de un rasgo del objeto como marca de la ausencia del mismo, lo cual nos habilita a decir que se trataría de la inscripción de una falta, introduciendo así una modificación en el yo. En otras palabras, la identificación freudiana supone el objeto perdido, y en este sentido, el resultado de todo duelo es un rasgo (Giani, 2006).

Así, podemos decir que el conflicto es entre retener aquello que se pierde y desprenderse de aquello que resulta imposible conservar.

En efecto, si la sustitución de la elección del objeto por una identificación es un mecanismo importante en las afecciones narcisísticas, será preciso limitar la melancolía a la acción de la incorporación oral canibalística y reservar otros modos de identificación a la formación de las instancias psíquicas, tanto del yo como del superyó, lo que a su vez lo lleva a diferenciar la identificación, como mecanismo generalizado, y la identificación narcisística (Cancina, 1999).

Ahora bien, me resulta importante destacar, como dice Cancina (1999):

Pero, ¿es concebible un duelo que no sea de un objeto narcisístico? Muchas afirmaciones de Freud nos orientan en el sentido de concluir que no habría duelo si no se tratara de un objeto narcisístico. No habría duelo si no se tratara de un objeto que, con su falta, no hiriera al Yo en su integridad narcisística. Dicho de otro modo, no habría duelo si el objeto no fuera un objeto idealizado, si el objeto no hubiera sido puesto cerca del lugar del Ideal, desde donde recibe la marca de lo insustituible (pág. 110).

Me pareció importante traerlo a colación para poder reflejar que no son cualquiera los objetos sobre los cuales hacemos duelo, sino que tienen con el sujeto una alianza narcisista.

Volviendo al duelo y retrocediendo en el tiempo en las obras de Freud, me parece importante hacer mención al hecho de que prácticamente en la misma época que escribe *Duelo y melancolía* redacta *De guerra y de muerte. Temas de actualidad* (1915) donde deja entrever otra faceta de duelo, ya no como un trabajo más o menos pautado y predecible sino ligado, a mi entender, a algo del orden del trauma.

En un primer momento, ligaba al duelo a cierta contingencia de la muerte, como algo que podría no suceder. Ahora bien, en pleno contexto de guerra adquiere una nueva perspectiva en torno al mismo. Ya no se trataría de pérdidas aleatorias, imprevistas o poco probables, sino de: la pérdida en su valor estructural.

En *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, Freud (1915) plantea:

Esta actitud cultural-convencional hacia la muerte se complementa con nuestro total descalabro cuando fenece una de las personas que nos son próximas, cuando la muerte alcanza a nuestro padre, a nuestro consorte, a un hermano, un hijo, un

caro amigo. Sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces; no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos... esta actitud nuestra hacia la muerte tiene un fuerte efecto sobre nuestra vida (pág. 291).

En relación a este escrito, me resulta pertinente resaltar el cambio de actitud ante la muerte al que la guerra parece haberlo forzado. Comienza el segundo apartado haciendo referencia a cómo en cierto momento se mantuvo una postura insincera en relación a la defunción, entendiéndola como el desenlace natural de toda vida, indiscutible e inevitable, pero al mismo tiempo, sugiere como los hombres solían conducirse como si pudiésemos prescindir de ésta, intentando silenciarla.

Ahora bien, se vuelve evidente que la guerra viene a romper con este pensamiento. La muerte no se deja negar y ya no es una casualidad. El hombre no podía ya mantenerla alejada de sí, pero no quería tampoco reconocerla. Llegó pues a una transacción: admitió la muerte también para sí, pero le negó la significación de su aniquilamiento de la vida. Así, dio lugar a la negación de la muerte al modo de una actitud convencional y cultural.

A su vez, hace referencia al hecho de que la muerte propia es inimaginable, y que en lo inconciente todos estamos convencidos de nuestra inmortalidad. El hombre aprehende por la pérdida del otro, la experiencia dolorosa de la propia muerte, en la medida en que cada uno de los seres amados que nos han abandonado, eran un trozo de nuestro propio y amado yo.

En *La transitoriedad* (1915) continúa planteando al Duelo como cierta reacción del sujeto ante la pérdida de un ser querido o de una instancia abstracta como un ideal. Hace referencia a que lo doloroso del mismo radicaría en el hecho de que la libido se aferra a su objeto y no quiere abandonarlo una vez perdido aunque el sustituto ya esté aguardando. Así, nos invita a pensar que esta viscosidad de la libido que se niega a tomar otro objeto, radicaría en el hecho de se trata de un pedazo el yo de lo que hay que desprenderse.

Lo que quería destacar, es que se empieza a vislumbrar algo del orden de la pérdida como inherente a la constatación de caducidad de las cosas y ya no ligada a la eventualidad, sino como algo inevitable que es condición de la vida misma. (Garo, 2014). Dirá que la guerra mostró la caducidad de las cosas que habíamos juzgado permanentes y que la muerte ya no se deja desmentir. Sumado a la idea de que el hecho de que algo vaya a ser perdido no menoscaba su valor sino que por el contrario, las limitadas posibilidades de gozarlo lo tornan aún más precioso.

IV. LA VERLEUGNUNG EN LOS TIEMPOS DEL DUELO

Retomando lo anteriormente planteado en relación a los tiempos del duelo, vemos como en determinados casos se puede poner en juego cierta actitud renegatoria frente a la pérdida y cómo dicha renuencia a aceptar la realidad puede tener diferente estatuto.

La *Verleugnung* (renegación o desmentida) es el mecanismo por medio del cual el niño se rehúsa a darse por enterado del hecho de su percepción (que la madre no tiene pene) mediante la construcción del fetiche. El objeto fetiche tiene un doble valor: por un lado confirma la castración de la madre, y por el otro la desmiente, como modo de defenderse contra los reclamos de la realidad exterior (Freud, 1927).

Mannoni (1973) plantea que la creencia en la presencia del falo materno es la primera creencia repudiada, y el modelo de todos los otros repudios. Podríamos pensar aquí, de un modo más generalizado, cómo la desestimación recae, no sobre la castración, sino sobre la muerte. Vemos así como una creencia puede ser abandonada y conservada a la vez, y en este caso, por estar aceptada y a su vez rechazada la muerte dejará como saldo un duelo inconcluso.

Ahora bien, es preciso pensar que el sujeto puede apelar a este mecanismo como un momento del duelo, como un estado transitorio y no como un mecanismo estructural y estructurante de la subjetividad al modo perverso.

V. EN RELACIÓN AL DUELO; EL RETORNO DE LACAN A FREUD

Si bien Lacan no dedicó un seminario pura y exclusivamente a la temática del duelo, ésta fue abordada en varios de ellos, principalmente en el Seminario VI *El deseo y su interpretación*, como así también en Seminario VIII *La transferencia* y en el X *La angustia*, seminario en el cual tiene lugar la invención del objeto a, conceptualización que va elaborando a partir del duelo mismo.

Me resulta pertinente entonces, hacer algunas puntuaciones acerca de lo que trabaja en el Seminario VI *El deseo y su interpretación* (1958/1959). En éste, el eje que me interesa resaltar es aquel que gira en torno a la tragedia *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, obra que le servirá para interrogarse acerca del problema del deseo, del cual se desprenderá su elaboración en relación al duelo como estructurante del deseo y la problemática del fantasma.

En primera instancia, cabe destacar que así como Freud habla de *Trabajo de duelo*, Lacan plantea la posibilidad de pensar la *Función del duelo*, ahora bien ¿qué función cumple el duelo? Instituir al sujeto como deseante.

Podríamos decir que Lacan toma la función del duelo como operación lógica subjetivante articulada necesariamente a la relación con el objeto. El duelo no consiste en sustituir el objeto perdido, sino en cambiar su relación con él, y ese cambio implica la constitución del objeto como objeto de deseo.

Basándonos en la diferenciación que establece Jean Allouch (1995) podríamos decir que, en Freud el duelo es una operación exacta que tendría como objetivo y resultado el restablecimiento de la anterior relación con el objeto sustituido, mientras que en Lacan hay una disparidad básica entre la situación anterior y la posterior al duelo. Para este último, el acto mismo de sustitución marca una diferencia. El estatuto simbólico que le otorga a la repetición tiene como consecuencia que no haya objeto sustitutivo por la sencilla razón que la repetición cuenta, y por si sola inscribe la esencial no-sustitución del objeto.

Vemos así, que Lacan intentará esclarecer la relación de objeto a partir de una versión renovada del duelo, y cómo esto lo lleva a interrogarse acerca de ¿qué relación hay entre el fantasma (referido a la constitución del objeto en el deseo) y el duelo?

Dirá entonces que justamente la función del duelo es la de constituir el fantasma, es instaurar una posición subjetiva hasta entonces no concretada, producto de un trastorno en la relación de objeto. Dicho de otro modo, lo que hace a la composición del fantasma por la vía del duelo es la imposibilidad del objeto, en la medida en que el objeto en el fantasma es el objeto que se constituye por la vía de un duelo estructural, convirtiéndose así en un objeto imposible, caduco, objeto *a*.

Para abordar esto, tomará como paradigma a Ofelia, en la medida en que allí donde Ofelia deviene un objeto imposible, se reintegra como causa de deseo.

En relación a este personaje, podríamos enfatizar tres momentos en la obra de Shakespeare. Un primer momento en el cual se sitúa como objeto de amor, objeto causa del deseo del protagonista. Un segundo momento en el que se pone en juego el rechazo de Ofelia, dando lugar a una especie de descomposición del fantasma. Y en última instancia, la reintegración del objeto en el fantasma (Giani, 2006).

Allouch en *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (1995) hace énfasis en lo que sería el rechazo de Ofelia y un análisis muy fino de lo que es la escena del cementerio, escena cuya interpretación contiene la versión lacaniana del duelo. La clave de dicha escena radicaría en la reintegración del objeto *a*, que posibilitaría la recomposición del fantasma y reorientaría a Hamlet en el camino de su deseo. De aquí que surja la fórmula según la cual “el duelo compone el fantasma, y esto indica que el duelo regula el nivel del deseo” (Allouch, 1995, pág. 293).

De alguna manera, en la medida en que Ofelia se ha vuelto un objeto imposible, vuelve a ser para Hamlet el objeto de su deseo. La imposibilidad del objeto es constitutiva del objeto libidinal en cuanto tal; el objeto del deseo se aloja en esa imposibilidad, y alojándose allí, no la subvierte ni la enmascara. Por ello, el objeto ocupa su lugar en el fantasma, se vuelve objeto en el deseo. Un pequeño otro se vuelve objeto de deseo sí y solo sí es tomado en tanto que objeto imposible. El “no corresponder ya a nada que exista” le otorga al objeto su estatuto de objeto del deseo (Allouch, 1995).

Plantear al duelo en éstos términos, lo lleva a Lacan a interrogarse acerca de cómo pensar la problemática del objeto. Respecto a esto, dirá que es dificultoso reducir la problemática del duelo a perder algo que supuestamente se tuvo porque, por definición, la problemática del objeto se inscribe como pérdida. En ese punto, todo aquello que vendría al lugar de lo que podría ser perdido, no es más que aquello que retorna de una pérdida en función de algo que nunca se tuvo. De este modo, solo podríamos plantear la problemática del duelo en relación a aquello que implica volver a perder lo que ya está perdido. Es duelo de nada.

Cabe destacar entonces, que hay una estrecha relación entre el perder actual y lo perdido originariamente, pérdida irremediable que a la altura del Seminario X denomina como una falta irreductible al símbolo. Decimos entonces que, frente a una pérdida, se actualiza lo perdido anteriormente y esto permite que circule el deseo, la causa del deseo.

Lacan en la sesión del 18 de marzo de 1959 en el Seminario *El deseo y su interpretación* plantea que, cuando hablamos de “duelo” se nos dice que, en dicho proceso se pone en juego una introyección del objeto perdido. Ahora bien, lo que él cuestiona es que para que tal objeto sea introyectado tal vez haya una condición previa, condición que consistiría en que éste se halle constituido en tanto que objeto, en la medida en que no hay duelo posible cuando el objeto no está constituido.

Algunas clases más adelante dirá que es el sacrificio del falo lo que correspondería a la condición previa que él le había impuesto a *Duelo y Melancolía*, mostrando que para que funcione la versión freudiana del duelo haría falta que el objeto estuviera constituido, constituido a partir de un duelo esencial, y que sería el duelo del falo lo que constituye al objeto en el deseo.

Vemos así que Lacan se posiciona en un sitio distinto de aquel donde intenta imponerse la teoría de la sustitución de objeto. Según él, el objeto se constituye libidinalmente en el fantasma no porque corresponda a otro objeto, aunque fuese un objeto perdido, sino porque simplemente no hay, y a decir verdad nunca hubo una correspondencia con cualquier otro objeto. El objeto libidinal está fundamentalmente perdido, no porque haya habido una pérdida primera, sino justamente porque es un objeto sin correspondencia (Allouch, 1995).

Esta versión nos permite ver cómo clasifica al objeto sin correspondencia como agujero en lo real, lo cual va a confluir con la definición del objeto como imposible (ya que lo imposible define lo real como tal). A su vez, la referencia a un agujero en lo real le permitirá destacar que tal imposibilidad funciona topológicamente como un lugar, un lugar donde el sujeto puede volcar imágenes y significantes puestos en juego en el trabajo del duelo. De todos modos, aclara que lo que sea volcado en el agujero, nunca lo llenará (Allouch, 1995).

Rabinovich en *La angustia y el deseo del Otro* (1993) enfatiza en la cuestión de que alguien solo puede devenir objeto, ocupar el lugar de lo que causa el deseo del Otro, solo una vez que el Otro lo perdió. No podemos ser causa sin haber sido perdidos porque nos constituimos como objeto *a* a partir del momento en que hemos sido perdidos para el Otro, y sólo en la pérdida se constituye el objeto en su relación con el deseo.

Me interesa destacar lo que plantea Rabinovich (1993):

Podemos percatarnos de que debemos diferenciar dos duelos en la estructura. Por una parte, el sujeto mismo como objeto de goce del Otro debe ser perdido, debe perder esa posición – si se quiere se la puede ilustrar con el destete, aunque de ningún modo esto se agota en la oralidad – para llegar a causar el deseo del Otro, para posicionarse en la falta en el Otro; de allí en más deviene objeto causa del deseo del Otro, pero sólo en la medida en que deviene él mismo objeto perdido. Por la otra, si pierde al Otro, tiene que hacer el duelo por el lugar mismo de causa que ocupaba en relación con la falta del Otro, con su deseo (pág. 63).

También remarca que estos dos duelos deben diferenciarse de aquel que se da cuando el sujeto no cumple con los Ideales del Otro, estructurante de la demanda misma.

El sujeto no pudiendo ser el falo, no pudiendo representar lo que al Otro le falta, se constituye como un objeto negativo. De este modo, podemos observar una estrecha relación entre el objeto negativo que plantea a la altura de este Seminario y la problemática que situará en el Seminario X: que no hay constitución del sujeto sin su propia posición como objeto en el campo del Otro, siendo el resto de esta operación lo que lo determina como objeto caído (Coirini, 2011).

Ahora bien, es preciso preguntarnos acerca de ¿cuál es la versión que Lacan toma del duelo de Freud? Aquella que le permite pensar a éste como el trabajo de desinvestidura del objeto, por medio del cual se produce un relevo de la investidura por una identificación.

Sin embargo, la identificación con los rasgos del objeto perdido no tienen una función separadora con respecto al objeto, sino que tales identificaciones simbólicas tienden a mantener una relación con el objeto.

Así, podemos pensar que en el duelo, a la par que se gana algún rasgo del objeto perdido, se pierde el objeto. Pero eso no es todo, en la medida en que se pierde también una parte de sí. En todo duelo realizado, el sujeto debe ceder, dar en sacrificio una parte de sí que será radicalmente perdida, el *a*. La función del duelo tendría que ver con el sacrificio del falo, y aquí la noción de sacrificio está ligada a algo del orden de la pérdida insustituible, irremediable.

Siguiendo esta línea, dirá que el duelo convoca a lo simbólico para cernir el agujero en lo real que la pérdida causa. Vale aclarar, que Lacan parte de una versión de la falta hacia otra, donde lo que hace es llevar la castración al terreno de la privación. Así, señala que el duelo corresponde no a la castración, sino a la privación, definida esta como un hueco en lo real, a diferencia de la castración que es un agujero en lo simbólico (Coirini, 2011).

Me interesa citar a Allouch cuando en *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (1995) resalta:

Freud había llamado “castración” a la vía de acceso al objeto del deseo; prolongando a Freud y gracias a la dimensión imaginaria que supo distinguir, Lacan agrega que el objeto del deseo no se constituye en el fantasma sino sobre la base de un sacrificio, un duelo, una privación del falo. Los tres términos designan

pues una misma operación, que torna gratuito al objeto del deseo, que permite que funcione la estructura imaginaria del fantasma. (pág. 300).

Lacan radicaliza la función del duelo, en la medida en que agrega que no hay relación de objeto sin duelo no solamente del objeto, sino también de ese suplemento, esa libra de carne fálica que el sujeto no puede más que sacrificar para tener acceso al objeto.

Pensado así, el duelo no es solamente perder a alguien (agujero en lo real), sino también convocar en ese lugar a un ser fálico para poder sacrificarlo. El duelo es efectuado si y sólo si se ha hecho efectivo ese sacrificio. El sujeto habrá perdido entonces no solamente a alguien sino, como suplemento, un pequeño trozo de sí (Allouch, 1995).

Volviendo a lo expuesto primeramente vemos entonces que, el duelo por el falo compone al fantasma y cómo Lacan relaciona esto con la operación de la privación, lo cual hará que como condición ahí pueda venir un objeto al lugar del falo.

Dirá que el sujeto está privado de sí mismo, privado de un significante que dé cuenta de su ser, de esa libra de carne con que uno paga su introducción en lo simbólico, por ser sujeto del significante. Esto estaría articulado a que el sujeto se constituye como condición de la inexistencia del Otro, a partir de que en el campo del Otro, algo falta en su lugar, le falta un significante, y esto es lo que pone como condición la inexistencia del sujeto. En otras palabras, la operación de privación recae sobre una pérdida de ser, eso que pierde el sujeto, de lo que queda privado por su introducción en el lenguaje. Es por esto que la privación tiene que ver con lo simbólico, es estructural (Coirini, 2011).

Vemos entonces como todo duelo nos reenvía nuevamente a la privación porque lo que pone en juego ese agujero es la proyección de un significante faltante. Ahora bien, si bien en ese agujero podemos volcar toda una serie de cosas, entre ellas las imágenes y los significantes del trabajo del duelo, nada puede colmar ese agujero.

Siguiendo este recorrido, Lacan se ve llevado a articular el duelo a la *verwerfung*. La cuestión radicaría entonces en cómo está pensada la falta, y de acuerdo a cómo esté pensada, en función de la relación a uno u otro de los registros en donde la falta opera, también se estructura la modalidad de retorno.

Es posible entonces pensar que empieza a plantear la *verwerfung* de un modo generalizado y no ligada solamente al mecanismo propio de la psicosis. Lo plantea no como un agujero en lo simbólico del significante que no hay, sino que habla de un agujero en lo

real, agujero que muestra el lugar donde se proyecta el significante faltante, significante que en el Otro no hay y cuya ausencia torna al Otro impotente.

Decimos entonces que emparenta la psicosis con el duelo, en tanto hay un agujero que en el primer caso opera sobre lo simbólico y retorna en lo real vía alucinación, y el otro en lo real dando lugar a todas las imágenes que conciernen al fenómeno del duelo.

Allouch retoma esta diferencia entre duelo y psicosis y enfatiza en el hecho de que, mientras que en el mecanismo psicótico el significante forcluído de lo simbólico debe determinarse en cada caso vía el retorno en lo real y la alucinación, en el duelo siempre se tratará del significante fálico. Esto lo lleva a plantear al duelo como una experiencia erótica (Allouch, 1995).

Dicho esto, me resulta ilustrativo retomar la escena del cementerio en la cual Hamlet le pone fin a su rechazo de Ofelia como falo. Ofelia está entonces ubicada como falo convocado por el duelo que Hamlet hace por ella, pero será su sacrificio en cuanto falo aquello que la elevará al estatuto de objeto en el deseo de Hamlet. Mediante tal sacrificio, Hamlet ya no será solamente castrado, sino también privado del falo, vale decir, ya no solamente castrado en el significante sino también en su ser (Allouch, 1995).

Adentrándonos en lo que es el Seminario X *La Angustia* (1962/1963) observamos cómo Lacan al tratar la cuestión del duelo enfatiza no solo en el objeto que pierde el sujeto, sino en qué pierde de él en esa pérdida. En la clase del 30 de enero Lacan (1963) afirma:

Sólo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos: “yo era su falta”. Lo que damos en el amor es esencialmente lo que no tenemos y cuando lo que no tenemos nos vuelve hay revelación de aquello en lo que faltamos en la persona para representar dicha falta. Pero aquí, debido al carácter irreductible del desconocimiento acerca de la falta, tal desconocimiento se invierte, o sea que la función que desempeñábamos de ser su falta, ahora creemos poder traducirla como que hemos estado en falta con esa persona; cuando precisamente por eso le éramos preciosos e indispensables (pág. 155).

En otras palabras, sólo es posible hacer duelo por aquel cuya falta fuimos y cuyo deseo causamos. Lacan se interesa por la subjetividad del duelante, por el impacto que en éste tiene no solo de la pérdida del ser querido, sino por la pérdida de algo de sí, un pequeño trozo de sí.

Es decir que, más allá del trabajo de elaboración, que el duelo cumpla su función, éste trae aparejado no sólo la sustitución del objeto perdido por otros sino también una transformación de la posición fantasmática respecto del objeto (Adriana Bauab, 2001).

Lacan sostiene que la identificación con el objeto del duelo es central. Con esto, no quiere decir que uno se identifique con el objeto como causa, sino que uno se identifica con ese objeto, en tanto que el Otro barrado, deseante, desea ese objeto. De este modo, la identificación con el objeto perdido es la identificación con la falta que habita en el Otro (Rabinovich, 1993).

Dicho recorrido, lo lleva a sugerir que la única experiencia de la muerte propia de la cual podemos testimoniar se pone en juego justamente en el duelo, siendo que revela que en lo que el sujeto pierde, lo que pierde se lleva algo de sí, se lleva su goce. Dirá entonces que en el duelo, el Otro llevándose una parte de mí me instituye como objeto.

De este modo, se entiende que no se trata solamente de la experiencia de la subjetivación de la pérdida, sino que también se pone en juego el desprendimiento de mi propia posición como resto del Otro, como objeto caído.

Es llegando al final del Seminario donde Lacan (1963), al retomar Hamlet, hace énfasis en la dimensión constitutiva (estructural) del duelo, ya que no hay sujeto sin caída del objeto, y paradójicamente, hace referencia al duelo como un trabajo destinado a mantener y sostener el vínculo con el verdadero objeto.

Así, el duelo tiene que ver con ceder el objeto, soltarlo, pero a la vez preservar el lazo con el objeto, objeto *a* en tanto opera como perdido, en el lugar de causa, sosteniendo la posición deseante del sujeto. El duelo, lo que va haciendo es desimaginarizar lo perdido, ya que una cosa es conservar el lazo con la imagen del objeto y otra conservar el lazo con el objeto *a* en el lugar de la causa (Coirini, 2011).

VI. LA FUNCIÓN SUBJETIVANTE DE LOS DUELOS

Siguiendo el hilo en relación a lo anteriormente planteado, me parece importante rescatar el escrito llevado a cabo por María Elena Elmiger: *La subjetivación del duelo en Freud y Lacan* (2010) donde propone hablar de la función subjetivante en el duelo, en la medida que “sabemos por Lacan del agujero en la existencia que implica la pérdida de un ser

querido, cómo moviliza e interpela las posibilidades y recursos simbólicos que vienen en auxilio para poder hacer frente a esta falta como pérdida real.” (Garo, 2015, pág. 27).

Allí, la autora dirá que para subjetivar un duelo es necesario que, como dice Lacan en el Seminario VIII, lo que se pierde pueda ser traducible en formas discursivas subjetivas y colectivas, para lo cual es precisa la articulación de lo público en los rituales que circunscriben y sancionan la muerte, lo privado que posibilita los discursos y lo íntimo que refiere a la posibilidad de subjetivar lo perdido del lazo con el muerto.

Elmiger hace uso del concepto *Subjetivación* porque, a su decir, amplía el horizonte teórico más allá de la palabra "trabajo". *Subjetivación* articula los discursos sociales, políticos y religiosos que refieren en cada tiempo a la muerte de las personas queridas (lo público), los modos, las costumbres y estilos de duelar en la vida privada de cada época (lo privado) y la inscripción inconciente de los mismos (lo íntimo), mostrándose así como una propuesta que iría más allá del planteo que lo liga al trabajo, tramitación, estado o proceso.

La subjetivación en los duelos sería una posibilidad para pensar la recomposición subjetiva luego de la irrupción traumática por la pérdida de alguien querido, en la medida en que algo en la subjetividad queda modificado, desgarrado, roto. Vemos así como, pasar lo real (lo traumático) a la posible reinscripción de la falta en tanto simbólica, habilitará que el sujeto vuelva a encadenarse en la cadena significante y pueda representarse en la misma y en el lazo social (Elmiger, 2010).

Elmiger (2010) plantea:

El sujeto, en el duelo por la muerte de personas queridas, es asediado por lo traumático, ante ese golpe se desarma la trama significante que sostiene su escena del mundo y a su propia subjetividad. La trama significante rompe su encadenamiento, y el sujeto en duelo queda vaciado de significantes para enfrentar el agujero de la embestida traumática. De allí que es muy importante la función subjetivante en el duelo, que tiene que ver con la posibilidad de cada sujeto de rearmar su escena del mundo, su trama significante, sus recursos simbólicos e imaginarios para hacer frente a la embestida de lo real que la pérdida - la muerte de una persona querida - ocasionó. La subjetivación del duelo - su función subjetivante - supone la factible recomposición significante, lugar desde donde todo sujeto se encuentra representado: "El significante representa al sujeto para otro significante" (pág. 19).

Allouch en *Erótica del duelo en tiempos de muerte seca* (1995) declara que un sujeto en duelo sufre un colapso traumático y queda expuesto a lo real. Su trama significativa se rompe y no hay inmediatas respuestas desde lo imaginario-simbólico, por eso se queda muchas veces sin palabras, vacío, de ahí la importancia de trabajar en torno a la función subjetivante en el duelo posibilitando una recomposición significativa.

Es ineludible comprender que ante la pérdida de una persona amada, aquella trama significativa que sostenía al sujeto y su mundo se desequilibra. Es por eso que, la función subjetivante en el duelo vendría a posibilitar que todo aquello que cae pueda volver a armarse. Para ello, lo real de la muerte debe ser ingresado en el mundo significativo mediante el lenguaje, adentrándose en un mundo simbólico e imaginario en el que pueda inscribirse la pérdida.

En la medida en que entendemos a la angustia como diferenciándose del dolor, podemos pensar que ésta deberá transmutar en dolor para permitirle al sujeto encontrar una significación sobre su lugar en relación al objeto perdido, habilitando al síntoma, a las formaciones del inconsciente, a las identificaciones, etc.

Ahora bien, desde el psicoanálisis “entendemos el duelo como algo que va más allá de un dolor de orden psíquico, un pesar o una aflicción” (Pelegrí Moya, M. y Romeu Figuerola, M., 2011, pág. 140). Implica realizar un proceso psíquico de reconstrucción simbólica íntimamente ligado con el paso del sujeto por la castración, en la medida en que la condición para la elaboración de todo duelo es haber atravesado este duelo estructural.

La elaboración de un duelo supone un desafío hacia la propia estructura psíquica del sujeto, una tensión entre el registro real y el simbólico. Al experimentarse una falta en lo real, ésta movilizará todo un orden simbólico que da lugar a una recomposición de significantes, en la medida en que el sujeto afronta la pérdida, y las diferentes manifestaciones de los duelos nos anuncian cómo operó esa falta originaria constitutiva, duelo fundante, al cual denominamos “castración” y con qué recursos simbólicos e imaginarios cuenta el sujeto frente a ese agujero en lo real que la pérdida ocasionó. Cada duelo es la ocasión de recrear el lugar de la falta.

Un duelo no sería solo frente a la inmanente pérdida de un ser querido, sino que, como venimos desarrollando, implica una función que nos permite advenir como sujetos deseantes al poder estar en falta, aceptarla.

En tanto que como sujeto me constituyo en el campo del Otro, frente a una mantis que “no sé qué me quiere” doy con una falta radical que es una privación real, irreductible al significante, el objeto *a*. Es decir que, en la relación con el Otro doy con un vicio de estructura, y ahí hay algo que se pierde, resto que me permite convertirme en sujeto barrado, deseante. De esto proviene la señal de la angustia, cuyo pasaje es necesario para llegar al deseo (Lacan, 1962).

VII. LA IMPORTANCIA DE LA RITUALIZACIÓN DE LA PÉRDIDA

Siguiendo la idea planteada en el apartado anterior, me parece importante remarcar que para significar o subjetivar un duelo es preciso que el mismo pueda ser traducido en el orden del lenguaje, léase en el orden de las costumbres, de las religiones, de los rituales ya que éstas permiten ese difícil tránsito de rearmado simbólico, y sólo así la pérdida entra en el mundo de lo subjetivo, de lo humano, posibilitando el sostenimiento del lazo social con los semejantes (Elmiger, 2010).

Diversos autores nos invitan a pensar la ritualización de la muerte como la estrategia global de tratamiento simbólico a través de las épocas, ya que habilita la simbolización de ese agujero real que constituye la muerte. Los ritos funerarios intentan nombrar algo, y al mismo tiempo que regulan la angustia, posibilitan la inscripción simbólica de la pérdida. Por el contrario, allí donde se impiden, se interrumpe el trabajo del duelo provocando su detenimiento en ese primer tiempo del duelo en que el sujeto reniega de la pérdida.

Me interesa citar un fragmento de Bauab de Dreizzen en *Los tiempos del duelo* (2001) donde expone que:

El duelo es un concepto en el que confluyen tanto el modo en que una comunidad o estructura colectiva aborda la temática de la muerte – a través de ritos y ceremonias desplegados en el marco del patrimonio cultural y religioso – como la dimensión absolutamente particular que sus fenómenos expresan en la singularidad de cada caso (pág. 14).

Elmiger (2010) hace alusión a los procesos de desubjetivación en los duelos que se producen en la actualidad. La autora hace referencia a cierta banalización del duelar, la cual deja al sujeto escaso de recursos simbólicos e imaginarios con los que se podría envolver el trauma que produce la muerte de un ser querido; precariedad de recursos que fue instalándose en el contexto actual producto de las guerras y del triunfo de la ciencia y el capitalismo

neoliberal, que introdujeron modificaciones en el mundo subjetivo y social. Así vemos como hoy en día, las muertes no son acompañadas desde los mitos y ritos que antes proponía el Otro, y cómo se deja a los deudos atravesar la pérdida en soledad.

Así, con frecuencia, un duelo no tramitado puede manifestarse no por medio de síntomas, sino de fenómenos, fenómenos que son del orden del hacer, mostrar, escenificar que tienen lugar en un intento fallido de inscribir lo traumático de la pérdida. Algo de lo imposible de ser articulado vía significante se muestra en esos fenómenos, que se caracterizan justamente por quedar por fuera de la trama simbólica. Entre éstos se incluyen: enfermedades psicósomáticas, adicciones, anorexia-bulimia, acting out, pasajes al acto, locuras, etc.

A partir de Lacan podemos decir que las consecuencias clínicas de los duelos detenidos en sus tiempos de elaboración comprenden, además de la tristeza, la inhibición y la pérdida de la capacidad de amar, variadas expresiones de los desajustes del deseo y sus rumbos extraviados manifestados por los fenómenos anteriormente mencionados (Bauab de Dreizzen, 2001).

Lacan, a la altura del Seminario X, profundiza la estrecha relación entre el *acting out* con la función del duelo y la del pasaje al acto con el fantasma de suicidio. En el Seminario X, dirá respecto al *acting out* que es algo en la conducta del sujeto que se muestra, es decir, que tiene acento demostrativo, estructura de mensaje y está orientado a Otro. Mientras que, el pasaje al acto, ligado al fantasma de suicidio, dirá que es el momento de mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción. En esta combinación, el sujeto queda atrapado en una identificación total con el objeto, así se precipita y bascula fuera de la escena. Esta es la estructura misma del pasaje al acto, en la cual el sujeto se mueve en dirección a evadirse de la escena (Lacan, 1963).

VIII. LO HABILITADOR DEL DUELO EN ANÁLISIS

Luego de lo expuesto, me parece pertinente remarcar a modo de conclusión, que se torna evidente que la elaboración de un duelo no resulta ser un proceso sencillo. Exige un desmedido gasto psíquico y un tiempo considerable, y en su camino hacia la resolución entran en consideración distintos factores como podrían ser: qué tipo de vínculo se poseía con el que ya no está, cómo fueron los momentos que antecedieron a la pérdida, cómo se pone en juego la ambivalencia afectiva, la aceptación a través del juicio de realidad de la pérdida del objeto, el modo en que intervienen factores constitutivos y de la propia historia infantil, la

angustia, el narcisismo, etc., lo cual nos lleva a pensar que un duelo es “cada vez”, diciendo así que es un evento variable de persona a persona, entre familias, culturas y sociedades a través del tiempo.

Ahora bien, a modo de cierre, me interesa poder pensar ¿en qué consiste una clínica del duelo? ¿Cómo opera un analista con un paciente en duelo? ¿Cómo se posiciona ante un analizante atravesado por un proceso de pérdida? En relación a esto, entiendo que tomar en tratamiento a alguien doliente es realmente dejarlo hablar.

Cada verbalización es un combate interno que libra el sujeto, un sujeto que necesita volver a recordar, pensar, representar y sentir.

El psicoanálisis da un peso significativo a la palabra y por ello sostiene que es fundamental hablar de la pérdida, pensarla, nombrarla, expresar mediante la verbalización el dolor por la ausencia y con esto dar paso al complejo camino de elaboración del duelo.

Desde esta corriente, entendemos que para atravesar este proceso, el sujeto deberá experimentar la falta, sentir los dolores con sus múltiples emociones e ir aceptando el vacío que dejó aquello que se perdió.

Retomando la tesis de Lacan, podemos enfatizar esto diciendo que el psicoanálisis se sirve del sentido para tratar lo real pero trascendiéndolo. Según él, cada sesión se trataría de restituir la trama significativa que trate ese agujero real al que confronta la pérdida para posibilitar el despliegue del discurso, para subjetivar ese imposible que es la muerte. Ante la angustia que desborda, el analista debe contenerlo en una red de significantes, red que sostenga y subjetive al paciente en su duelo.

Algunos autores hacen referencia a dicha labor como un trabajo artesanal, concepto que imposibilitaría la generalización, y que resalta que para transitarlo, el analista solo posee una única herramienta: su escucha. Escuchar, alojar, funcionar como sostén, en tanto que un sujeto en duelo no sería posible de ser analizado, ni podría ser intervenido. La cuestión no radicaría en tapar el dolor, buscar lo inevitable, sino por el contrario provocar en ese otro que hoy sufre, un movimiento subjetivo que lo haga volver al circuito desiderativo, del deseo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J., (1995) *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires, Argentina: Literales.
- American Psychiatric Association (APA). DSM-IV-TR. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Barcelona: Masson; 2003
- American Psychiatric Assotiation (APA). DSMV Development: Persistent Complex Bereavement-Related Disorder (Proposed for Section III of the DSM-5). Proposed revisions
- Barreto, P., De la Torre, O., y Pérez Marín, M. (2012). Detección de duelo complicado. *Psicooncología*. 9, (2-3), pp. 355-368.
- Bauab de Dreizzen, A., (2001) *Los tiempos del duelo*. Buenos Aires, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Cancina, P., (1992) *El dolor de existir... y la Melancolía*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Coirini, D. (2011). Comunicaciones personales durante el dictado de clases.
- Emilger, M. (2010). La subjetivación del duelo Freud y Lacan. *Revista Malestar y subjetividad*. 10, (1), pp. 13-33.
- Freud, S., (1984 [1915]) De guerra y de muerte. Temas de actualidad. En *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S., (1984 [1915]) La transitoriedad. En *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S., (1984 [1917]) Duelo y melancolía. En *Obras completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S., (1984 [1921]) Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S., (1984 [1923]) El yo y el ello. En *Obras completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S., (1986 [1927]) El Fetichismo. En *Obras completas*. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Garo, S., (2015) *Navegar es preciso. Una travesía por la clínica freudiana del duelo*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.
- Giani, S. (2006). Comunicaciones personales durante el dictado de clases.
- Lacan, J., (2016 [1958-59]) *Seminario VI: El deseo y su interpretación*. Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, J., (2016 [1962-63]) *Seminario X: La angustia*. Paidós, Buenos Aires.
- Mannoní, O., (1973) Ya lo sé pero aun así. En *La otra escena: claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Pelegrí Moya, M., y Romeu Figuerola, M. (2011). El duelo, más allá del dolor. *Desde el jardín de Freud. Número 11*, pp. 133-148.
- Rabinovich, D., (1993). *La angustia y el deseo del otro*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.